



OBISPO DE CARTAGENA

## **JUEVES SANTO**

### **Misa de la Cena del Señor**

Murcia, 2020

Querido hermano, obispo auxiliar; querido arzobispo emérito de Burgos, Hermanos sacerdotes, religiosos, diáconos y seminaristas mayores y menores, Queridas familias. Saludo a los enfermos, ancianos, a todos vuestros hijos. En este día del Amor Fraternal, os tengo presentes a todos los voluntarios de Cáritas y a los que estáis entregando la vida al servicio del pueblo a través de vuestras profesiones y en el ejercicio de la caridad.

Que Dios os bendiga a todos.

Hoy celebramos la Misa de la Cena del Señor. La Misa del Jueves Santo es memorial de la Pascua de Jesús y aniversario de la última cena. Os recuerdo que el contexto es el banquete pascual judío, que Cristo lo ha llevado a su plenitud en su sentido. Aquí vemos cómo Cristo es el verdadero Cordero pascual, que se ofrece al Padre en sacrificio para alcanzar una vida nueva a los hombres.

Lo que se destaca especialmente en el día de Jueves Santo es el amor. Cristo instituye la Eucaristía y el Orden sacerdotal. La Eucaristía es sacramento del misterio de la Iglesia, como comunidad reunida en el amor. Hoy fue cuando pronunció Jesús estas palabras: *“Cada vez que coméis de este pan y bebéis del cáliz, proclamáis la muerte del Señor, hasta que vuelva”*. San Pablo nos lo recuerda en la segunda lectura.

#### ***La cena de Jesús***

Hoy nos encontramos aquí reunidos para conmemorar todas estas cosas. Fue en aquel anochecer, allá en el cenáculo. Eran unos momentos muy tensos, tanto para Jesús, como para los discípulos. Para Jesús, porque por hacer la voluntad del Padre veía que su camino llegaba a cumplimiento, que se acercaba la hora de consumir la entrega de su vida; para los discípulos, porque estaban muy desconcertados, tenían miedo ante lo que sucedería.

Seguramente que en aquella noche hubo muchos silencios, muchos ratos de sumirse cada cual en sus propios pensamientos, en sus propias inquietudes. Y seguramente que también, en medio de los silencios y de los desconciertos, circuló imparable una profunda corriente de proximidad, de cercanía. Esto lo podemos intuir con claridad, porque así lo expresan los evangelios, que Jesús abrió su corazón y les mostró su inmenso amor: *“Habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo”*.

Ante la situación límite que se estaba viendo venir y que la podían oler los mismos discípulos, seguro que se dejaba sentir esta pregunta: *“¿A quién vamos a acudir? Tú*

*tiene palabras de vida eterna*”. Es, al fin y al cabo, un amor, una proximidad, un cariño que funciona con el corazón, que está más allá de las cosas que se pueden razonar y explicar. Es una proximidad que aquella noche llega a sus extremos más altos.

La cena de aquella noche fue la gran celebración conmemorativa, la gran fiesta. Israel se reunía para repetir y volver a hacer presente aquello que hemos escuchado en la primera lectura: que el Señor, con brazo poderoso, liberó las débiles tribus hebreas del poder de la esclavitud.

En esta noche santa de familia, de recuerdos y de nuevos horizontes y con la sombra de la pandemia, de la enfermedad, los contagios y la muerte, nos parecemos también a los discípulos. Seguro que nos preguntaremos: ¿Qué sucederá con la muerte de Jesús? ¿Terminará la historia de su entrega total, de anuncio de una nueva manera de vivir, de proclamación del amor infinito de Dios para todos los hombres? ¿Qué será aquella muerte?

Atended ahora a los gestos de Jesús en aquella cena de tantas preguntas al corazón. En primer lugar, el Señor hace un gesto, se levanta en silencio y se dispone a lavar los pies a sus discípulos. Y después les dice que ellos también tienen que hacerlo. Esto es una primera respuesta a las preguntas. Ante la pregunta acerca de la muerte de Jesús y si realmente merece la pena, el Señor nos está diciendo que la manera de vivir que Él nos muestra y quiere para nosotros es esta: poner nuestra vida entera a los pies de los demás, al servicio de los demás. Él lo hizo totalmente: su cruz constituye el testimonio definitivo. Él nos dice: sólo así viviréis de verdad; si no, no viviréis, será pura comedia.

Y después, Jesús realiza otro gran gesto: Toma pan, toma el vino, y lo parte y lo reparte a aquellos discípulos que le acompañan, y a todos nosotros. Y nos invita a repetir esta comida, y a reconocer su presencia permanente, viva, activa, transformadora para todos. Así, cuando cada domingo nos reunimos y comemos este pan y bebemos este cáliz, estamos proclamando esto: Jesús, muerto por amor, vivo para siempre, está a nuestro lado, es fuerza para nuestro camino de hombres y mujeres que queremos seguirle. Hoy es un día para la verdad, hoy debemos renovar el compromiso de seguir su camino, y reafirmar nuestra fe en la vida y la salvación que Él nos da.

Al finalizar la liturgia del Jueves Santo, la Iglesia imita el camino de Jesús trasladando al Santísimo desde el tabernáculo a una capilla lateral, al Monumento, que representa la soledad de Getsemaní, la soledad de la mortal angustia de Jesús. En esa capilla se reza y acompañamos a Jesús en la hora de su soledad. Este año no puede ser por la situación que estamos viviendo, pero dejaremos todo el día, hasta mañana tarde el sagrario en una webcam, para que lo podáis contemplar y rezar, porque este camino del Jueves Santo no ha de quedar en mero gesto o en un signo litúrgico sólo; ha de comprometernos a vivir desde dentro su soledad, a buscarle siempre a Él, que es el olvidado, el escarnecido, y a permanecer a su lado allí donde los hombres se niegan a reconocerle. Este camino litúrgico nos exhorta a buscar la soledad de la oración y nos invita también a buscarle entre aquellos que están solos, en el prójimo, en los pobres, de los que nadie se preocupa, y renovar con Él, en medio de las tinieblas, la luz de la vida, que «Él» mismo es. Porque es su camino el que ha hecho posible que en este mundo se levante el nuevo día, la vida de la Resurrección, que ya no conoce la noche. En la fe cristiana alcanzamos esta promesa.

Pidamos a Jesús que haga resplandecer su luz por encima de todas las oscuridades de este mundo; que nos haga entender, también a nosotros, que él permanece siempre a nuestro lado en la hora de la soledad y el vacío, en la noche de este mundo; y que así edifica, por nuestro medio, la nueva ciudad de este mundo, el lugar de su paz, de la nueva creación.

+ José Manuel Lorca Planes  
Obispo de Cartagena